Marilú Mallet

Julieta

Vertiges

Jules Salles (1814-1900), *Roméo et Juliette* (1898),
Musée des beaux-arts de Nîmes, France.

Marilú Mallet est une écrivaine, scénariste et réalisatrice québécoise d’origine chilienne. Photo : Guy Borremans (1982).

Julieta

A mi querida prima
Vivian Evans Señoret
y a la tia Margarita.

MAMÁ tiene setenta y seis años. Se llama Julieta. Lleva los hombros suavemente alzados, camina con elegancia. Tiene un cutis de porcelana enmarcado de pelo blanco. Tiene una espalda pecosa, unas piernas largas y el vientre mas perfecto que se haya visto. Siempre está bien vestida, con su collar de perlas disparejas y le gusta hablar. Tiene una lengua alegre con la que recorre la vida y mientras habla, teje chalecos o cose. También prepara unos ricos postres de fresa y en las noches lee. A pesar de su voz convincente, de sus conversaciones interesantes y de su pasión por la literatura, Mamá cumplió veinte años y luego veintidós, mas tarde veinticuatro y veintiséis y nadie le propuso matrimonio. A los treinta años, sus tres hermanas estaban casadas y sus sobrinos la llamaban ya, la tía solterona. Y Mamá se sentía la más fea de sus hermanas. Fue después de ese cumpleaños lleno de lágrimas que apareció en el horizonte Papá. Era un inglés rubio, alto y trabajador. Le llevaba quince años de edad y una buena dosis de experiencia. Mamá se casó con la cabeza. Papá había sido el novio de algunas mujeres aburridas y Mamá le pareció una mujer diferente. Papá era un hombre común y corriente, con su trabajo de nueve a cinco, con sus ataques de mal humor de vez en cuando, con su ingratitud frente al esmero de los postres de Mamá y con sus desinterés total por las conversaciones literarias. Un marido como cualquiera. Y la vida fue tranquila hasta el aburrimiento. Mamá tuvo primero una niña y luego un varón. El cuerpo de Mamá engordó y desengordó. Después de esos dos grandes sucesos, Mamá se hizo la promesa de hacer régimen por el resto de su vida. Le vino una preocupación excesiva por el físico. Hizo gimnasia, jugó tenis, se puso cremas y llegó a tener el vientre mas perfecto del mundo. Mamá era fiel como no lo ha sido otra mujer. Papá era cortés, trabajador y pacífico. Nada faltó en casa, vajillas de plata, servicio de Limoges, ropas francesas, zapatos italianos, perfumes, lámparas de cristal.

Mamá organizaba unas comidas deliciosas y cenas de ocho personas por lo menos, terminaba sus menú con postres de chocolate y licores y los miembros de la familia se iban a dormir siempre con una panza abultada. Papá aumentó de peso hasta transformarse en un gordo calvo. Y después de treinta años de comilonas y de trabajo monótono, Papá murió de un ataque al corazón. La compañía petrolera donde trabajaba, le dio entonces una pensión a Mamá. Mientras tanto, los hijos crecimos, estábamos casados. Incluso mi hermano y yo cambiamos de ciudad. Mamá quedó viviendo sola en el viejo departamento. La pensión de papá se deterioró y ella vendió lo que pudo, el anillo de esmeralda, las distintas vajillas. Mamá tenía ya sesenta y cinco años cuando decidió tener inquilinos. Fue para ayudarse con algunos pesos de más y acompañar su soledad. Primero fueron señoras de provincia que venían, a visitar a sus hijos enfermos, al hospital situado frente a su casa. Luego, fueron alumnos de la secundaria. Adolescentes que hacían ruido, se reían fuerte, ocupaban el teléfono mas de lo necesario y llegaban tarde. Con la edad avanzada, Mamá optó por inquilinos mas tranquilos. Cuando enfermó tuvimos que ayudarla mi hermano y yo, con una suma de dinero. Y viajar mas a menudo a visitarla. Mamá entonces, se volvió memoriosa. Recordaba poemas, leía en voz alta, recitaba. Y para sus 76 años tomé el avión apurada pensando que la vida se le iba a terminar pronto. Dejé a mi marido y a los chicos con la comida preparada para una semana de ausencia. Y en el aeropuerto, le compré en el *duty free*, un perfume a Mamá.

Al llegar a Santiago, Mamá estaba esperándome envuelta en un chal y bajó las escaleras de un respingo. Se veía esplendida, mucho mejor de salud y es lo que le dije al llegar. La acompañaban su nieta Magdalena y un joven de barba. Mientras ellos se subieron en la parte delantera del automóvil, nosotros nos sentamos atrás. Ya en la carretera me puse a conversar con Mamá. Primero fue la situación de su salud, luego pasamos a mi sobrina que tiene veintidós años y desde algunos meses aloja en casa de Mamá. Pregunté con curiosidad quién era el muchacho que conducía. Mamá explicó que era un joven muy serio y atento, que venía de provincia y que era profesor de música en la Universidad. "¿Donde se conocieron ?" continué. "¡Es el inquilino !" exclamó Mamá.

Al día siguiente, desayunamos las tres mujeres. Mamá desapareció un momento y volvió luego envuelta en un abrigo de piel, imitación visón y se paseó modelando feliz frente a los distintos espejos de la casa. "Te gusta", me preguntó. "Si, está bonito," dije sin atreverme a decirle que se veía falso. Magdalena orgullosa intervino diciendo : "Es un regalo de Abril y yo." "¿Abril ?" pregunté. "El joven que nos condujo al aeropuerto", continuó Magdalena. "¡Ah !" exclamé, mientras le pasaba mi pequeño paquete a Mamá. Julieta lo abrió y se perfumó de inmediato.

Mamá y yo, salimos a caminar por el parque mas cercano. Mamá llevaba su abrigo de piel y caminó con su espalda inquieta y se puso hablar convirtiendo los detalles mas insignificantes en palabras preciosas y en historias divertidas. Hablaba con una voz apresurada, como si estuviera atragantada de felicidad, mirándome de vez en cuando con una mirada cándida. Fuimos al mercado y hasta en el modo de escoger las verduras y las frutas se la notaba en paz. Las tocaba delicadamente, las acariciaba, le pedía al joven del mostrador solícita y eficaz que las pesara y pusiera el precio y las iba dejando en el carrito. Todos sus gestos cotidianos los hacía como si estuviera haciendo algo verdaderamente fascinante. Y hablaba como si estuviera encantada de la vida. No podía cree tal maravilla, se había recuperado totalmente de la caída del año anterior que le había fracturado una cadera. No hay dudas que la estadía de mi sobrina en casa de Mamá, había cambiado radicalmente la situación. Fue idea de mi hermano. Hay que agregar también que el inquilino, era un joven serio, pagaba regularmente el arriendo. “¡El Inquilino se ve un buen muchacho!” dije. “Si, Abril es un buen muchacho”, asintió Mamá. “Se ve trabajador y serio,” agregué. “Si, tienes razón, Abril es un buen muchacho,” repitió Mamá. “Hace buena pareja con Magdalena,” exclamé. Mamá, cambió de expresión, hizo una pausa y luego agregó : “Pero, Abril, no es para Magdalena.”

Mamá fue siempre perspicaz. Descubría con sus grandes ojos la pequeña imprecisión, el descuido de la naturaleza, el pequeño defecto imperceptible a primera vista y que con el tiempo se transforma en monstruosidad. Le pregunté : “¿Que tiene, Abril?” Un silencio traspasó sus hombros alzados. Su cutis de porcelana tembló y una semi sonrisa extraña afloró en su rostro. “¿No es un buen muchacho?” agregué. “Si, es un buen muchacho.” dijo calmadamente. “Si”, continuó Mamá, “tiene un buen trabajo, es un joven serio.” “Entonces, ¿que pasa?” pregunté extrañada. Mamá se ajustó la chalina alrededor de su cuello y apretando su abrigo de visón falso en su cintura perfecta, me dijo : “¡Es que Abril es mío!”

Pensé que Mamá estaba completamente loca. Mamá tiene setenta y seis años. La caída del otoño anterior le había afectado la cabeza, sin dudas. Caminamos de vuelta al departamento, en silencio, mientras Mamá suspiraba, echando la cabeza hacia atrás, olía la primavera, y admiraba con euforia la belleza de los arboles. Esta condición de enamorada me pareció inaudita. “¿Y que edad tiene Abril?” pregunté como si no fuera la cosa. “Treinta tres años”, contestó Mamá con ostentación. “¡La edad de Cristo!” exclamé. Y luego agregué en un tono irónico. “No te parece que hay una gran diferencia de edad.” Mamá se pasó una mano por el cabello para cerciorarse del estado de su peinado. “¡La edad, es una convención!” aseguró Julieta con una mirada enamorada y una sonrisa dichosa.

Mamá esa noche preparó una comida deliciosa y como en otros tiempos una torta de chocolate, ofreció licores y dulcecitos. Todo sucedió de una manera agradable y después de la cena los cuatro comensales pasamos al salón. Magdalena se retiró temprano a su pieza. Abril y Mamá se sentaron en un sillón y leyeron poemas en voz alta. Luego a dúo tocaron una sonata. Ella se sentó al piano y él la acompaño con la flauta. Mamá estaba muy arreglada, muy peinada, muy perfumada, con su collar de perlas disparejas que le colgaba elegantemente. Yo miraba al inquilino que tenía un aspecto provincial, con su terno corto y usado y una corbata roja. Cuando Mamá hizo un alto, decidí ir a acostarme. Pensé que toda esta historia era un problema de soledad. En mi pieza, prendí la televisión y solo pude ver las noticias amenazantes o las seriales americanas violentas donde los personajes se insultaban. El tiempo pasó y la música continuó escuchándose a lo lejos. Mientras tanto, los canales de televisión presentaban sus películas pornográficas donde algunas mujeres provocantes se abrían de piernas y un hombre grosero exclamó mas de una vez : *"I want to fuck you."* Tal vez fue esta frase la que hizo levantarme y volver al salón. Entré en la punta de los pies, Mamá y Abril leían cada cual en silencio. Es un amor platónico, pensé. Cohibida, carraspeé : "Ya es hora de acostarse"... "Son mas de las doce", agregué. "Pero es Viernes," replicó Mamá como si fuera una adolescente y sentí que los roles se habían transformado, me había convertido súbitamente en la mamá de Mamá.

Volví a mi cuarto sin poder dormirme. Miré de vez en cuando el reloj, hasta sentir que Mamá caminaba hasta su pieza. Cuando el silencio invadió la casa, me levanté sigilosamente, pasé delante de la puerta del inquilino y fui hasta el cuarto de Mamá. Abrí la puerta. Caminé preocupada en la oscuridad, hasta su cabecera. Mamá con una semi-sonrisa, dormía plácidamente.

Cuando me levanté al día siguiente. Mamá ya había salido de compras con Magdalena. Mientras tomaba mi café, oí los pasos de Abril que se acercaba. Apareció en el umbral con su terno oscuro. Me saludó con timidez. Parecía nervioso. "Mire... Señora, yo quisiera hablarle," dijo. "Siéntese", comenté. Abril entonces me habló de cuanto quería a Mamá. Mamá era una mujer interesante. Mamá era fina, era culta, Mamá cocinaba los mejores postres de la ciudad. Mamá caminaba con elegancia, como no lo hace ninguna. Mamá tocaba el piano. Mamá era una mujer perfecta. Abril habló también de su seriedad y confesó sus intenciones de casarse con Mamá. Lo miré espantada mientras seguía describiéndome el buen sueldo que tenía, la solidez de su situación, y la herencia de unas tierras que acababa de recibir en el norte del país. Lo escuché sin interrupción, mientras se dirigía a mí como si yo fuera la madre de la novia. Solo atiné a decir : “Pero Ud. tiene treintas años...y mi M...” (no me atreví más a pronunciar el nombre de Mamá.)

... “Y Julieta...” Me interrumpió : “La edad, la edad, no tiene importancia... es solo una cifra en un papel.” Le observé sus manos tensas, sus ojillos verdes, su traje mal planchado y súbitamente me bajó una desconfianza total. Dudé de todo este enamoramiento deschavetado y le dije secamente : “Yo quiero que Ud., sepa que mi madre no tiene un centavo. Este departamento está a mi nombre.” Y luego con brusquedad le pregunté. “¿Mire, que es lo que busca ?” Abril guardó silencio molesto y se retiró al salón. Se sentó en un sillón tristemente tal cual un colegial enamorado. Luego cogió un libro y simuló leer. Me acerqué arrepentida de mi brusquedad, tratando de ser atenta le comenté : “Mire, por el momento, no es posible que se casen.” Lo miré detenidamente, mientras le traté de explicar : “Ud. sabe que hoy en día los matrimonios duran poco... y si no funciona, ella pierde la pensión de Papá. Mi hermano y yo no tendríamos como mantenerla.” Se oyeron los pasos rápidos en la puerta de entrada de Julieta y Magdalena. Abril disculpándose, se levantó del sillón y se apresuró a ayudar a las dos mujeres con los paquetes. Mamá se acercó alegre y cantarina sin darse cuenta de mi estado y me describió el menú de la comida que prepararía para la cena. Me explicó que partía a un curso de pintura que Abril le había regalado. Volvería a la hora de comida y luego iría al teatro. Abril había comprado hacía ya mas de un mes unas entradas. "! Espero que no te importe !" exclamó Mamá, con una mirada arrepentida para hacerse perdonar su ausencia.

Cuando Mamá y Abril se fueron, empecé a indagar sobre este extraño sujeto. Pregunté a mi sobrina que sabía ella sobre el inquilino. "Es un buen muchacho, trabaja, lee mucho, esta escribiendo algunos artículos, y saca a pasear abuelita.... Guardé silencio y luego pregunté : "¿Y tú no tienes novio ?" "No," me contestó, luego dijo que tenía un examen y mucho trabajo. Después de esta breve conversación, Magdalena se retiró a su pieza a devorar libros de economía. Me paseé por la casa pensativa y me dirigí a la pieza del inquilino. Entré decidida en su cuarto, con la intención de revisar todas sus pertenencias. Decidida a encontrar aquel detalle que me confirmara que este individuo tramaba un acto delictual. Revisé por todos lados, miré en los rincones mas absurdos, pensando encontrar un arma para el posible asesinato de Mamá. Pero nada relevante apareció, solo libros de música, instrumentos antiguos, altos de novelas, poemas perdidos escritos a mano. Cartas bellas, y delicadas, que parecían borradores. Cartas de amor a Mamá.

Esa noche recibí una llamada de Julieta diciéndome que llegaría tarde, que comería con Abril en un restaurant porque el curso había tomado mas tiempo de lo previsto y la pieza de teatro comenzaba pronto. La cena fascinante que Mamá nos había prometido fue remplazada por una pizza que nos hicimos traer mi sobrina y yo. Mientras comimos, no hablamos. Magdalena parecía cansada y yo seguía preocupada con este inquilino que se había llevado al teatro a Mamá.

Me retiré a mi pieza y lo único que pude ver fueron seriales norteamericanas con personajes vulgares, con criminales, drogadictos, con negros violentos, con homosexuales con sida. Y me vino la idea de revisar el botiquín del baño. Miré frasco tras frasco, indagando sobre los remedios. Me fijé especialmente en aquellos que estaban al lado de la maquina de afeitar de Abril. Pensé entonces que era un sideático que había embaucado a Mamá en una historia de amor antes de morir.

Volví a mi pieza. Primero me inquieté por Mamá. Y luego pensé en Mamá que caminaba en el parque deteniéndose en las flores. Que miraba los arboles y olía las flores fascinada. Mamá que leía poemas. Mamá que tocaba una sonata a dúo. Mamá que salía elegante al teatro. Mamá que vivía como si tuviera otra edad y en otra época. Decidí tomar una cierta distancia con todo este asunto. Repentinamente envidié a Mamá. Me quedé dormida. Desperté con el ruido de la llave en la cerradura. Era Mamá y Abril. Me desvestí lentamente, y escuché el desaparecer de los pasos en los cuartos respectivos. Y no pude dormir. Miré el reloj de vez en cuando, hasta que decidí levantarme e ir a la pieza de Mamá. Quería comprobar hasta que punto habían llegado estas relaciones y si verdaderamente eran platónicas o no. Mamá dormía profundamente, con su cutis de porcelana y su sonrisa beatífica.

Abril no estaba allí. Me alejé en la punta de los pies y me dirigí a su cuarto. Abrí la puerta y entré cerrándola tras de mí. Abril leía con la luz de la lamparilla del velador. Me miró espantado mientras yo me acercaba a él. Se arrinconó en la cama y me preguntó asustado. “¿Pero, que hace Ud. Aquí ? Que quiere ?” No me había dado cuenta que mi camisa era transparente y que dejaba ver mi cuerpo desnudo. Me miró despavorido, como si lo fuera a violar. Le pregunté con firmeza que buscaba en mi madre. “¿Y esas drogas que hay en el botiquín al lado de su máquina para afeitar ? ¿Para que las usa ?” continué. Abril dijo que no usaba el botiquín, que se afeitaba en su pieza y sacó su maquina de afeitar del cajón del velador y me la mostró. Le volví a preguntar lo que buscaba en mi madre. Abril respondió que la quería. Que ella es lo que el siempre ha buscado. Que le ha abierto un mundo. “Yo soy serio, ella es seria, el mundo ha cambiado, póngase en mi lugar”, me explicó. Repentinamente, exclamó : “Deme permiso, para amarla.” Y luego agregó. “Yo soy un hombre de buenas intenciones”. No supe que hacer con esta mirada y esta respuesta, solo atiné a decir : “Yo no quiero que se casen. ¡Mire !”, le ordené terminantemente, “¡yo no quiero que se casen !” y salí de la pieza.

El domingo fui a caminar nuevamente con Mamá. Mamá apretaba su abrigo de visón y repentinamente le dije : “El color del abrigo no te queda bien.” “! No me queda bien !”, exclamó Mamá como si aterrizara de otro planeta. “ ! Además te ves guatona !”, agregué. Pero, a pesar de mis agresiones, Mamá se recuperó con las flores, con las hojas que comenzaban a brotar, con el olor a tierra, a primavera, y encantada se refirió a cada detalle de la naturaleza. Y el incidente del regalo de Abril pasó al olvido, todo lo contrario, con la misma fascinación que describió la naturaleza habló de Abril. Abril pagaba la mitad de los gastos del departamento, Abril la llevaba a los cursos y la iba a buscar, Abril le regalaba libros, Abril la llevaba al cine y al teatro. Abril la escuchaba atentamente cuando ella hablaba de literatura... "¡ Nunca he sido tan dichosa !" exclamó. Y cómo por arte de magia, Abril apareció en el parque y desapareció con ella para llevarla a un ballet. Finalicé mi paseo sola. Traté de sentir y mirar como Mamá, me acerqué a los arboles, a los capullos de las flores, y solo sentí la inmensidad del parque.

El resto de la tarde lo pasé sola, salvo que llamé a casa y los chicos me contaron que la lavadora de se había echado a perder y que luego había sido el tanque del agua caliente, y que papá no les había podido lavar la ropa. También uno de los chicos se había quebrado un tobillo jugando futbol y al otro le habían quebrado un diente con un palo. "¡ Pero no puede ser !", exclamé, "que todo suceda justo cuando no estoy." Mi marido salió al teléfono agotado, con un tono lacónico preguntó como estaba mi madre de salud, y ante tanta mala noticia, no me atreví a contarle lo del enamoramiento de Mamá.

Esa noche Abril y Mamá, me hicieron un resumen del ballet que habían visto, y contaron a medias, como dos enamorados, lo magnífico del espectáculo. Mamá tenía un dolor de pies y Abril le hizo masajes en los dedos, mientras yo los miraba incrédula. Luego se despidieron con un beso y se dirigieron a sus respectivos cuartos.

Cuando el lunes Mamá salió a hacer sus compras, busqué en la libreta de teléfonos, el número de una psicoterapeuta que ayudó a Mamá cuando estuvo enferma. La llamé explicando que estaba de paso por la ciudad, que necesitaba hablar con ella con urgencia y que algo inusitado había sucedido. Mi tono alterado conmovió a la doctora, que tuvo la gentileza de darme una cita de inmediato. Volé al consultorio. Me senté en su sillón tal cual fuera su paciente y comencé a relatar la historia de Mamá. Mamá enamorada a los setenta y seis años de un joven de treinta. Mamá que sale todos los días. Mamá que lee poemas. Mamá que toca el piano acompañada. Mamá y su nuevo abrigo de visón. La doctora me escuchó con atención. Era una persona suave y delicada. “Tiene que ver a su madre de una manera diferente. Es una mujer buena moza, bien vestida, culta, sensible, interesada en el arte.” Trató de hacerme ver la situación desde otro punto de vista. Después agregó : “Ud. sabe que ha tenido varios inquilinos. Estos jóvenes pasan al baño, envueltos en una toalla, o salen de la ducha en paños menores... póngase en su lugar.” Me miró directo a los ojos y con una voz muy suave y en tono confidencial agregó : “Mire, yo conozco bien a su madre. Ya se ha enamorado de doce inquilinos y por supuesto los jóvenes de treinta años no buscan una dama de setenta y seis para compañera.” Pensé de súbito, que estaba haciéndome mas problemas de lo necesario por un simple amor platónico. Y me despedí agradecida.

Caminé por las calles pensando en todo este asunto. Llamé a una antigua amiga mía, Susana y quedamos de encontrarnos en un café. Le relaté la historia de Mamá. Esperaba, que ella me acompañara en mis inquietudes pero sucedió al revés. “Parece un tipo bueno”, aseguró Susana. “Puede ser un criminal!” exclamé. “Nunca se le ha visto tan contenta” agregó y continuó : “El paga la mitad de los gastos de la casa, no le pide plata, la lleva al cine, al teatro, al ballet... ¿Pero que mas quieres?” La buena voluntad de Susana de hacerme ver las cosas desde su punto de vista, no me alejaron las dudas sobre Abril. Susana insistió : “Es un hombre bueno. Es un puro. Un puro.”

Al llegar a casa me topé con Abril, me saludó temeroso. Y ese día volví a revisar el baño, el dormitorio de Abril y el de Mamá. Acumulé frascos y los llevé a la farmacia para preguntar de que se trataba. No adelanté mucho en la encuesta. Entonces, decidí llamar nuevamente a la doctora y pedirle otra cita. Esta vez, me recibió con su amabilidad habitual y trató de apaciguar mis inquietudes. “Es el único que ha contestado a los avances de su madre. Además gasta su sueldo en ella. Lo importante, es que ella está contenta, “me aseguró.” Sale todos los días, camina por el parque, lee poemas, toca el piano. “¿Que hay de malo?” Pensé en Mamá el año anterior, enferma, cadavérica, a punto de morirse y dije : “Cuando se acabe esto, va a tener una gran depresión.” La doctora me miró con tranquilidad y me contestó : “El año pasado estuvo muy enferma, tuvo Ud. que enviarle dinero, le pagó una clínica...” Hizo una pausa, esbozó una semi-sonrisa y agregó: “Sea agradecida. Se ha conseguido Ud. un enfermero gratis.” Quise interrumpirla, pero se puso de pié dando a entender que la cita llegaba a su fin y que no perdería el tiempo conmigo nuevamente : “Dejémosla mientras dure y cuando se acabe, ya veremos las pastillas que le damos.” Me pasó la mano para despedirse y tuve que salir de la pieza.

Decidí adelantar el viaje, me instalé en el teléfono y reservé pasaje para el día siguiente. Arreglé las maletas con Magdalena. “Cualquier cosa que pasa, me avisas?” le dije. “¿Pero, que va a pasar? me contestó ella. Abril llegó con el otoño y cambió la vida de Abuelita... ! Está tan bien !”

Mamá me acompañó al aeropuerto en el automóvil de Abril. Conducía con firmeza a alta velocidad. Se veía bonita, su piel y sus ojos brillantes, su cutis sin arrugas, su sonrisa de dientes blancos. Una fuerza vital emanaba de toda su persona. “! Tienes el cutis muy bonito !” exclamé repentinamente sin querer. “Debe ser Abril,” dijo Julieta. “El pelo se te ha puesto mas sedoso”, continué. “Debe ser el amor,” siguió ella. Amor, eso es lo quería saber si hacía el amor. Cómo preguntarle. “Los dientes se te ven más blancos,” agregué. “Son los poemas, me traen tanta felicidad y ahora sonrío a menudo.” Tenía curiosidad en saber si Abril era su amante. Seguía pensando que era un pájaro raro que había aterrizado de súbito engatusándola en algo oscuro que no se veía aun el fin.

Llegamos al aeropuerto. Por los altoparlantes, llamaron para subir al avión. Antes de despedirme, me acordé de todos estos días mirando las teleseries norteamericanas mientras Mamá salía con su enamorado. Repentinamente me decidí, con una voz de gánster a lo Humphrey Bogart le pregunté : “*Tell me something baby, Do you fuck him ?*” Mamá me miró primero extrañada sin saber a que me refería, después entornó los ojos, se arregló un poco su peinado y con una voz muy segura de si misma me respondió : “*Yes, darling and I enjoy it very much.*” Me reí y exclamé : “¡Mamá !”

La voz que anunciaba la salida del avión llamó por última vez. La abracé, le di un beso en las mejillas y me despedí. Subí, me senté en el asiento. El avión despegó. Sentí el avión que se elevaba por las nubes, dejando atrás a mi madre como si todo fuera un sueño.

Al llegar a casa, mi marido dormía en el sofá del salón. Los chicos llegaron corriendo y me abrazaron gritando. Desperté a Eric y le propuse ir a comer a un restaurant. Durante la comida, le pregunté varias veces si me quería. Extrañado me contestó : “Pero, Elizabeth, por qué preguntas eso. Ha sido una semana infernal. No he parado un minuto.” La rutina, la semana ausente, el desorden de la casa, los niños que se disputaban las papas fritas, todo me dio una respuesta salvo la que pregunté.

Miré alrededor en el restaurant y descubrí frente a nosotros un joven solitario que comía mientras hojeaba un libro. Pensé en Mamá. Seguí mirando al joven detenidamente, tendría veinte años, era buen mozo, atractivo y leía un libro de poemas. Alzó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Le sonreí. Eric me preguntó : ¿Y tu madre ? Sonreí al joven por un buen momento y luego contesté : “¡Mama, está bien !” Agregué : “Mucho mejor de lo que esperaba.” El joven de la mesa de en frente a mi me devolvió la sonrisa. Me pasé la mano por el cabello, en un gesto que sin querer me recordó a Julieta. Seguí sonriendo mientras le aseguraba a mi marido : “El mes de Abril, le ha hecho muy bien a Mamá.”

Julieta,

de Marilú Mallet,
est un texte inédit.

ISBN : 978-2-89816-177-3
© Marilú Mallet et Vertiges éditeur, 2020
– 1178 –

Dépôt légal – BAnQ et BAC : troisième trimestre 2020

Lecturiels

www.lecturiels.org